

EL SEÑOR GOBERNADOR DON ABRAHAM GONZÁLEZ

EL HOMBRE

Don Abraham era un fuerte varón; alto, robusto, un poco abultado el vientre, de espaldas bien anchas, morena la tez, pero no mucho; bigote tupido y entrecano que jamás descuidaba, frente espaciosa, nariz recta, boca bien dibujada de labios delgados, de ojos grandes, muy negros, de cejas espesas y mirada vivaz. El conjunto del rostro era interesante: denotaba al par, enérgico carácter y bondad; y en la mirada, siempre alerta, resplandecía una luz brillante: la inteligencia. Su voz era grata, de tonos menores y modulaciones claras. Su risa parecía de niño por lo franca y sonora. Caminaba erguido y reposado, con el paso firme y seguro del hombre de mando.

Vestía con decencia pero sin aliño, de manera negligente que deslucía el buen conjunto de su figura; sobre todo cuando descuidaba lo atañadero al cinturón, la corbata y el sombrero, el cual, a veces, se calaba don Abraham rancheramente, dejando ver la tersa y despejada frente. Su corbata movediza no siempre ocupó el sitio que le correspondiera; y en cuanto al cinturón que sujetaban los pantalones, tampoco se escondía bajo el chaleco con la debida fidelidad. Pero cuando el señor gobernador arreglaba su indumento a derechas portaba la ropa con guapeza y se veía lo que se llama bien.

La virtud relevante de su vigorosa personalidad fue el carácter. Don Abraham González era hombre de acciones resolutas que no invalidaban ni torcían los sentimientos propios ni las influencias extrañas. Inclínabase siempre del lado de la magnanimidad, pero no de la ternura, y cuando tuviera causas de enojo, no encolerizaba, sabiendo guardar la serena postura del sujeto que controla

el manejo de sus nervios. Era además un valiente que supo imponerse sobre los demás, fueran quienes fuesen, cuando de su parte estaba la justicia o la equidad.

* * *

Una ocasión, sin fanfarronerías, con su llaneza habitual, me contó esta anécdota que le sucediera con Pancho Villa. El admirable guerrillero respetaba mucho a don Abraham y decía quererlo "harto". Cuando el bravo insurgente se lanzó a la revolución, lo reconoció como su jefe directo, siendo con él obediente y disciplinado.

Cierta vez que aquel brioso centauro de instintos primitivos mató con sus propias manos a un inocente, el gobernador lo reprendió en forma terrible, y como Villa le respondiera de mal modo, queriendo justificarse, don Abraham, encorajinado y violento, dándole un manazo en plena cara, le dijo:

—Cállate la boca, eres un asesino...

El castigado soportando el golpe, comenzó a llorar.

—Y ahora —agregó el gobernador—, dame tu pistola, las armas son para los hombres que saben hacer buen uso de ellas, no para los cobardes como tú.

Pancho, obedeciendo a regañadientes, desenfundó su revólver entregándolo a su jefe.

Después de un rato de silencio entrambos, y cuando ya se separaban, Villa suplicante, dijo:

—Don Abraham, deme mi pistola, no vuelvo a hacer mal uso de ella.

El interpelado se la devolvió, haciéndole prometer que no volvería a asesinar a nadie.

Al recibirla, Villa le dijo, subrayando bien sus palabras:

—Conste, don Abraham, que usted es el único que me ha pegado en la cara.

—Pues a ver si es la última vez —le contestó el valeroso fustigador.

—¿Y no cree usted —dijo entonces al gobernador— que Pancho le guarde rencor por aquella afrenta?

—Es posible, pero no me importa. A Villa hay que tratarlo así.

—¿Pero le tiene usted confianza?

¿Confianza...? Hasta cierto punto. Teniéndolo cerca lo domino; pero es hombre peligroso...

EL POLÍTICO

... Como estadista don Abraham González era justo y severo. Tenía un fácil discernimiento del bien y del mal; una pronta percepción de las cosas y una decisión rápida.

Con sus subordinados fue siempre afable, sin perder nunca de vista que era el ejecutivo de la entidad. A los pobres los trataba cordialmente, con marcada simpatía paternal, llamándolos "hijos" y acariciando sus hombros.

En cambio, a los ricos enemigos de la Revolución, los recibía con tono seco y autoritario, que se trasformaba en irónico cuando le salían con una impertinencia.

Una vez que entraba yo en su gran sala de recibo, me encontré al Ejecutivo increpando a un individuo reconocidamente hostil y su Gobierno.

—Pero, señor gobernador, yo le protesto a usted que soy su amigo...

Al oír esta mentira don Abraham, soltando una risa sardónica, muy de él en casos tales, replicóle:

—¿Amigo usted? Váyase con Dios, hombre, váyase usted y no vuelva a molestarme.

El sujeto salió de estampida, bien arrepentido de sus protestas amistosas.

* * *

Don Abraham González adhirió a la Revolución de 1910 con don Francisco I. Madero, habiendo tenido un considerable papel en los levantamientos de Chihuahua, contra el porfirismo. Era en aquella provincia norteña una figura de gran prestigio y popularidad, salvo, naturalmente, entre la gente del antiguo régimen que

lo tenía por un ranchero rudo y vulgar. Fama injusta que le valió en los papeles satíricos de México el remoquete de "Ñor Abraham", injusta porque no era un adocenado, sino al contrario, una personalidad de relieve, por su enorme patriotismo, sentimiento que en él era dominante; y por estas sus invariables virtudes: sensatez, instinto sagaz de estadista, carácter de una pieza y valor civil y personal.

El Presidente Madero, que le tenía plena confianza y eminente estima, le pidió que dejara la gubernatura de Chihuahua, que ocupaba por elección popular, para nombrarlo su ministro de Gobernación; pero tal cargo no cuadraba con el espíritu sencillo de aquel lugareño inacostumbrado a tratar las heterogéneas especies de políticos capitalistas, que el inestable maridaje de la revolución y el porfirismo llevaban diariamente a ese Ministerio, con las más encontradas pretensiones. Cuántas veces me dijo don Abraham, claramente, con su idiosincrática franqueza, que él no podía transigir con las condescendencias insensatas que se guardaban a los abiertos enemigos del nuevo régimen político.

Y tenía razón de sobra, como la tuvieron la mayor parte de colaboradores del Gobierno, que suplicaron insistentemente al Presidente mártir un cambio de política en la administración pública, antes de que sobreviniera una catástrofe nacional que se presentía inevitable.

Pero como don Abraham estimara que no estaba en su mano remediar un estado de cosas que instintivamente fuera desagradable, ni tampoco quiso romper lanzas con el señor Madero, a quien quería de verdad, optó por volver a su provincia y a su gobierno de Chihuahua donde ya no tuvo el alto honor de integrar el gabinete presidencial, pero donde vivió a su gusto sin las responsabilidades inherentes al secretario de Gobernación...

(Obra inédita... Fragmentos del Capítulo II.)